

La familia feliz  
NIVEA!



con la suavidad de una caricia infantil...

**NIVEA** protege su cutis.

Antes de acostarse, una aplicación de CREMA NIVEA da a su piel todo lo que necesita: Grasa, humedad y la maravillosa fórmula EUCERIT, que contiene sustancias afines a su piel...

**PIEL**

**LIMPIA,**

**FRESCA**

**Y SANA**



EL PRODUCTO ALEMAN DE PRESTIGIO MUNDIAL  
Fabricado por BEIERSDORF ESPAÑOLA, S. A.

## Muerte de la solterona



**L**OS primeros días de primavera traen aire tibio, ramas de almendro florecidas y bodas. Bodas a montones. Y es lógico que así sea. Gastarse un dineral en raso duquesa, en tul de ilusión, en chaqués y sombreros para que una lluvia inoportuna obligue a taparlo todo bajo un techo de paraguas, no apetece a nadie.

Este buen tiempo de ahora, en cambio, es apropiadísimo para que la gente disfrute del espectáculo sin perderse detalle y saboree canapés y tarta nupcial en un marco verde y florido.

Así, precisamente, fue la boda a la que asistí la semana pasada. Un éxito. La novia, jovencísima y guapa, se lució a sus anchas, el lunch fue exquisito y ni siquiera faltó el indispensable invitado gracioso que anima la reunión con frases alusivas a la mala suerte del novio, que se ha dejado cazar, y se festeja a sí mismo con sonoras carcajadas.

En el curso de la reunión me presentaron a una hermana de la recién casada: una muchacha alta, agraciada, elegante. Al separarse de nosotros, una señora comentó con la que la acompañaba:

—Ya ves... Trini se casa a los veinte años y Julia, a los treinta

bien cumplidos, ni siquiera tiene novio...

Y añadió, compungida:

—La pobre...

—No la compadezcas —contestó su amiga—. Julia no se casa porque no quiere.

La primera enarcó las cejas, como si acabara de oír la cosa más absurda que pudiera oírse.

—¿Es posible?

—Eso dice ella.

—¡Ah, bueno! —fue la escéptica respuesta—. Se dicen tantas cosas...

—No. En el caso de Julia creo que es absolutamente sincera. Sé que algunos muchachos la han cortejado con mucho interés.

—¿Y...?

—Nada. Por lo visto no eran lo que ella buscaba. Prefirió continuar soltera y dirigiendo la agencia de publicidad que era el negocio de su padre. Lo hace desde que murió el pobre don Rogelio. Y, según me han dicho, parece que muy bien... Le gusta su trabajo.

—Pues eso no es normal. A mí, por lo menos, me hubiera horrorizado ser una solterona...

No sé qué acabaría de decir el gracioso, pero unas risas, más corteses que espontáneas, interrumpieron el diálogo de las dos señoras.



Yo miré hacia Julia, que conversaba con un grupo de invitados, cerca de mí, y pensé que ningún epíteto resultaba menos adecuado para ella que aquel de «solterona». No había en ella nada que la relacionara con la tradicional imagen que despierta en nosotros esa palabra. Ni acritud, ni hosquedad; ni mirada desconfiada ni traje severo. Por el contrario, su gesto era abierto, alegre, y denotaba una seguridad en sí misma que descartaba la menor posibilidad de oculto resentimiento.

Entonces se me ocurrió pensar que nuestra época, que ha asistido a la desaparición de tanto prejuicio y tanto tópico falso, ha tenido también la suerte de presenciar el entierro de la «solterona». Ese ser desplazado de la vida normal por el simple hecho de no haber pasado por la puerta del matrimonio; esa mujer amargada por la humillante sensación de no haber sido escogida, que obsesionó a tantas madres de tiempos pasados, ha desaparecido. Hoy hay, simplemente, solteras. Mujeres que no se han casado porque no encontraron el hombre apropiado para ellas y porque han tenido la

lucidez de comprender que casarse porque sí, sea como sea, con el primero dispuesto a ello, es la más simple manera de provocar un desastre.

Para no verse obligadas a aceptar este desastre como mal menor, es que las mujeres de hoy estudian, trabajan, se construyen una vida a la medida de su vocación y sus aptitudes. ¿Ideal? No. Sin duda piensan en el marido, en los hijos. Pero si no llegan por un camino lógico y deseado, no se sienten, como sus abuelas en la misma condición, como portadoras de una tara, de una vergüenza creadora de eterno desprecio.

Las solteras de ahora no visten santos, no se dedican a rumiar su presunta «desgracia» en el rincón más oscuro de la casa. Buscan la parte de felicidad a que tienen derecho en la actividad, en un mejor conocimiento del mundo que las rodea, en una realización más auténtica de su vida.

La «solterona» quejica, chinchorrera, cotilla e inaguantable, ya no existe. Está tan muerta como el rigodón, como las sangrías con sanguijuelas y los «recibos», los martes, de cinco a siete. Por suerte.

**CARMEN VAZQUEZ-VIGO**

# estos son



marca registrada

los textiles artículos que debe adquirir

## los conocerá

por la etiqueta

### FELISOL

La etiqueta internacional  
**FELISOL** es  
la auténtica seguridad  
de colores inalterables...

al lavado



a la luz



a la intemperie



En todos los países, los tejidos provistos de la etiqueta **FELISOL** están controlados rigurosamente por Laboratorios Oficiales.